Laura Bellini

Todo lo que no pedí

Dos visiones diferentes.
Una atracción que ninguno de los dos podía planear



Todo lo que no pedí

Dos visiones diferentes. Una atracción que ninguno de los dos podía planear

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384902837

ALL-IN Rafał Płonkowski

ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - Límites sobre el plano.....13
Capítulo 2 - Un acuerdo sin letra pequeña..... 24
Capítulo 3 - Entre la pared y el fuego..... 39
Capítulo 4 - El sabor de las cosas que no se dicen..... 50
Capítulo 5 - El derecho a decir que no 61
Capítulo 6 - La distancia de un solo aliento..... 73
Capítulo 7 - Lo que no aparece en los planos 83
Capítulo 8 - Los lugares a los que regresamos 93
Capítulo 9 - El riesgo incluido en el presupuesto 103
Capítulo 10 - Cercanía sin planes 112
Capítulo 11 - Al otro lado de la mañana.....122
Capítulo 12 - Cambios después del anochecer 132
Capítulo 13 - El precio de las decisiones ajenas.....142
Capítulo 14 - La verdad entre nosotros 152
Capítulo 15 - Todo lo que no aprobé 161
Capítulo 16 - El espacio al que no renunciaré 172
Capítulo 17 - Con mis propias manos 181
Capítulo 18 - El coste de reparar 190
Capítulo 19 - Lo que queda después de reparar 198
Capítulo 20 - Todo lo que elegimos 209

INTRO

Lo primero que vi al entrar en el bistró fue una pared pintada de color burdeos.

Lo segundo fue un hombre que estaba de pie frente a ella, con una taza de café en la mano y un aire de satisfacción consigo mismo que me pareció absolutamente excesivo.

El problema era que aquella pared debía seguir siendo blanca.

Ni marfil, ni crema y, desde luego, tampoco de aquel burdeos intenso que recordaba al vino tinto derramado sobre un mantel. Tenía que ser blanca, de un tono cálido, ligeramente matizado con gris. Así la había diseñado tres semanas antes, cuando vi por primera vez aquel local en una de las calles secundarias de Gdynia y comprendí que su mayor virtud era la luz.

Ahora, la claridad que entraba por los altos ventanales caía sobre aquella superficie oscura y sentí la familiar tensión entre las cejas. La misma que aparecía cada vez que alguien decidía que un proyecto de interiorismo no era más que una sugerencia orientativa.

—Dígame que eso es una muestra de color —dije.

El hombre volvió la cabeza.

Tendría treinta y tantos años, quizá más cerca de los cuarenta. Tenía el pelo oscuro, las mangas de una camisa de lino remangadas con descuido hasta los codos y el rostro de alguien que dormía menos de lo necesario con más frecuencia de la que estaba dispuesto a admitir. No era exageradamente guapo de esa manera que solía verse en

los anuncios de perfumes. Poseía, en cambio, algo bastante más problemático: una mirada que se concentraba en su interlocutor como si cada palabra pudiera resultar interesante.

—Buenos días a usted también —respondió.

—¿Es una muestra?

Miró la pared y después me miró a mí.

—Depende de cuánto necesite recibir una buena noticia.

Dejé el bolso con la documentación sobre la encimera más cercana.

—Muchísimo.

—Entonces podemos considerar que se trata de una muestra excepcionalmente grande.

No sonreí.

Él sonrió por los dos.

Me llamaba Mira Słowik, tenía treinta y dos años y llevaba siete trabajando como diseñadora de interiores para establecimientos gastronómicos. Durante ese tiempo había aprendido que los propietarios de restaurantes se dividían en dos grupos. Los primeros contrataban a un diseñador porque realmente querían aprovechar sus conocimientos. Los segundos necesitaban a alguien que plasmara sus ideas sobre el papel y después asumiera la responsabilidad de todos los problemas derivados de ellas.

Todavía no sabía a cuál de esos grupos pertenecía el hombre que tenía delante. Lo que sí sabía era que aquella mañana ya había acumulado suficientes motivos para no tolerar ninguna improvisación.

El día anterior había rechazado una oferta para regresar a un importante estudio de arquitectura de Varsovia. Me ofrecían un puesto directivo, un sueldo excelente y una seguridad que mi pequeño negocio no podía garantizarme. Había dicho que no porque, después de cinco años trabajando para que otros se llevaran el reconocimiento, quería por fin firmar los proyectos con mi propio nombre.

El bistró de Gdynia debía convertirse en el primer trabajo que pudiera mostrar a futuros clientes sin tener que explicar de qué decisiones había sido realmente responsable.

Y no pensaba empezar con una pared cuyo color no había aprobado.

—¿Quién es usted exactamente? —pregunté.

El hombre levantó las cejas.

—Es una pregunta bastante personal para conocernos desde hace apenas tres minutos.

—Soy la diseñadora de este local.

—Entonces deberíamos habernos conocido antes.

Me tendió la mano.

—Kacper Gaj. Jefe de cocina. Y el hombre que va a pasar aquí más tiempo que en su propio apartamento.

Le estreché la mano. La tenía cálida y seca, con un pequeño arañazo junto al pulgar. No prolongó el contacto más de lo apropiado, pero me miró directamente a los ojos mientras intercambiábamos nuestros nombres.

—Mira Słowik —me presenté—. La persona que tendrá que explicarle a la inversora por qué alguien ha cambiado el color de una pared sin consultarlo.

—Creo que ya le he dicho quién soy.

—Y yo creo que todavía no he oído la respuesta a mi pregunta.

Me observó durante unos instantes con interés. Después dejó la taza y se acercó a la pared.

—Venga aquí.

—¿Para qué?

—Quiero enseñarle algo.

No me moví.

—Puede enseñármelo desde ahí.

Me miró por encima del hombro. Su sonrisa no desapareció del todo, pero perdió parte de su tono provocador.

—Tiene razón. Todavía no nos conocemos lo suficiente como para que yo le dé órdenes.

Señaló la ventana y el contorno de la futura barra, marcado sobre el suelo.

—A las cinco de la tarde, el sol incide exactamente aquí. Si dejamos la pared clara, quienes se sienten en la barra tendrán el reflejo de la luz delante. Con una superficie más oscura, el ambiente será más tranquilo.

Tenía razón respecto a la luz de la tarde. La había tenido en cuenta en el proyecto, y por eso había encargado cortinas regulables para las ventanas y luminarias con la temperatura de color adecuada. Lo que no había previsto era que alguien decidiera probar otra solución sin pedirme permiso.

—Entiendo lo que pretendía conseguir —dije—. Pero ha cambiado un elemento que afecta a todos los demás. El

material de la barra, el color de la tapicería, incluso la percepción del espacio.

—No he cambiado todo.

—Todavía.

Soltó una breve carcajada.

—¿Siempre se pone en lo peor?

—Normalmente me basta con la documentación.

Saqué la tableta y abrí la representación del proyecto. Le mostré una sección del local con los puntos de iluminación señalados. Durante varios minutos hablamos exclusivamente de proporciones, reflejos y materiales. Para mi sorpresa, escuchaba con atención. Hacía preguntas concretas, no interrumpía y, cuando le señalé el problema de que el techo pareciera visualmente más bajo, reconoció que no lo había previsto.

Aquello era casi más peligroso que su sonrisa.

Un hombre capaz de debatir sin levantar la voz era un adversario mucho más difícil que alguien convencido de su propia infalibilidad.

—¿De qué será la encimera? —preguntó.

—De un compuesto de color claro. Resistente a las manchas y fácil de mantener.

—¿Y si la gente quiere quedarse sentada allí durante tres horas?

—Debería pedir algo de comer.

Sonrió.

—De verdad que no piensa facilitarme nada.

—No me han contratado para hacerle la vida más fácil.

—Qué lástima. Ya empezaba a hacerme ilusiones.

Se abrió la puerta que daba a la zona de servicio. Un empleado joven, con los pantalones manchados de pintura, asomó la cabeza.

—Kacper, el proveedor pregunta si tenemos que instalar esos perfiles hoy o mañana.

—¿Qué perfiles? —pregunté inmediatamente.

El muchacho desvió la mirada de él hacia mí.

—Los de la estructura de la barra. Han traído unos adicionales, tal como se indicó en el mensaje de ayer.

Kacper dejó la taza.

—Diles que, de momento, los guarden en el almacén.

—Un momento —intervine—. ¿Qué mensaje?

Se hizo un silencio durante el cual pude distinguir con mayor claridad el ruido de los coches al otro lado de la ventana y el golpeteo de las herramientas en la zona de servicio. Kacper miró al empleado y después volvió a mirarme. Por primera vez desde que nos habíamos conocido, no parecía alguien que supiera exactamente cómo dirigir la conversación.

—Es solo una posibilidad adicional —explicó.

—¿La posibilidad de qué?

—De acercar la barra a la cocina. Unos centímetros, quizá quince. Quería comprobar si mejoraba la circulación.

Miré las líneas marcadas con cinta adhesiva sobre el suelo. Efectivamente, una de ellas seguía una trayectoria distinta de la prevista. Hasta entonces, mi bolso la había ocultado. Desplazar la barra significaba modificar la anchura del pasillo, la distribución de las sillas y la distancia respecto

a las mesas. No era un detalle que pudiera corregirse durante el montaje.

—¿Quién autorizó el pedido?

—Yo.

—¿Basándose en qué plano?

Kacper guardó silencio un instante.

—En uno provisional.

—¿Hecho por mí?

—No.

Guardé la tableta en el bolso muy despacio, porque necesitaba unos segundos para evitar decir algo de lo que después pudiera arrepentirme.

—Entonces le pido que suspenda la instalación. De todo lo que no figure en el proyecto aprobado.

Esta vez no intentó hacerme reír.

—De acuerdo —dijo.

Aquellas dos palabras me produjeron cierto alivio, aunque no tanto como deberían.

Sonó el teléfono. En la pantalla apareció el nombre de Julia, la inversora que me había confiado el diseño del bistró. Contesté y escuché su voz entusiasmada. Quería saber cómo avanzaban los trabajos, si ya había conocido a Kacper y si me gustaba la energía que aportaba al proyecto. Antes de que pudiera responder, anunció que acababa de hablar con el contratista y que los tres deberíamos reunirnos al día siguiente para concretar los últimos detalles.

Le prometí que iría.

Cuando terminé la llamada, Kacper estaba junto a la ventana. No había hecho ningún esfuerzo ostensible por

escuchar la conversación, pero tampoco intentaba fingir que no había oído su nombre.

—¿Julia? —preguntó.

Asentí.

—Tenemos una reunión mañana.

—Lo sé. Pienso llevar el plano de la cocina.

—¿El aprobado?

Se volvió hacia mí con una ligera sonrisa.

—El que me gustaría enseñarle.

Debería haber sentido únicamente irritación. En cambio, me di cuenta de que su voz se suavizaba cuando hablaba de aquel lugar y de que en su mirada aparecía una atención especial que no había percibido antes. El bistró le importaba. Quizá tanto como a mí. Solo que cada uno entendía de una manera completamente distinta lo que significaba cuidar de él.

Deslicé un dedo por el borde de la tableta.

—Kacper, ¿es usted capaz de aceptar que alguien le diga que no y que lo diga completamente en serio?

Su expresión se volvió seria. Durante varios segundos me observó sin sonreír, como si acabara de comprender que aquello no iba de pintura ni de una barra desplazada.

—Sí, soy capaz —respondió finalmente—. ¿Y usted es capaz de admitir que otra persona también puede tener una buena idea?

—Por supuesto. Si primero habla conmigo.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros. Bajo la luz del atardecer, la pared burdeos parecía casi hermosa. No quería reconocerlo, y mucho menos delante de él.

Kacper miró la documentación que sobresalía de mi bolso y después me miró a mí.

—Entonces mañana hablaremos de verdad, Mira.

La forma en que pronunció mi nombre resultó inesperadamente personal. No fue invasiva. Simplemente carecía de aquella cortesía profesional tras la que yo solía esconderme tan cómodamente.

Salí a la calle antes de encontrar una respuesta. No me detuve hasta llegar al coche, sintiendo en el rostro el aire fresco que llegaba del mar. Tenía por delante un proyecto complicado, un presupuesto limitado y un jefe de cocina que consideraba su propia intuición motivo suficiente para modificar las decisiones ajenas.

Y, sin embargo, lo que más me inquietaba era que deseaba volver al día siguiente no solo para recuperar el control del proyecto.

Si durante nuestro primer encuentro había conseguido desestabilizarme de aquella manera, ¿qué ocurriría cuando yo misma quisiera permitirle acercarse un poco más?

Capítulo 1 - Límites sobre el plano

A la mañana siguiente llegué al bistró veinte minutos antes de la reunión acordada. No porque quisiera ver a Kacper antes de tiempo. Al menos, esa era la explicación que me daba a mí misma mientras aparcaba junto a la acera, todavía mojada por la lluvia nocturna. Necesitaba tiempo para extender tranquilamente la documentación, comprobar las medidas y asegurarme de que nadie había interpretado nuestra conversación del día anterior como un permiso para seguir experimentando. En el bolso llevaba los planos impresos, el desglose de costes y varias muestras de materiales. También había preparado dos alternativas para la distribución de la barra, aunque reconocer que siquiera había considerado la propuesta de Kacper me costaba más de lo que debería.

Me detuve un momento antes de entrar. A través del cristal veía la sala vacía, las filas de sillas colocadas contra la pared y un andamio al fondo del local. La superficie burdeos seguía dominando el interior. Sin embargo, desde varios metros de distancia parecía distinta a la del día anterior. La luz de la mañana resaltaba sus matices marrones, más suaves y menos teatrales. Admití a regañadientes que aquel color podría tener cabida en el concepto definitivo. Lo que no pensaba permitir era que una decisión acertada por casualidad justificara la manera en que se había tomado.

—¿Si la mira durante suficiente tiempo, la pared cambia de color por sí sola?

Me volví. Kacper estaba unos pasos detrás de mí, con una bolsa de papel y dos vasos de café. Esta vez llevaba un jersey oscuro y tenía el pelo como si hubiera intentado

peinárselo de camino al trabajo y se hubiera rendido a mitad del proceso. Sonreía con más cautela que el día anterior. Me pregunté si realmente había reflexionado sobre nuestra conversación o si simplemente había aprendido a reconocer mi expresión.

—Estoy considerando soluciones más radicales —respondí—. Por ejemplo, contratar a alguien para que recupere el color original.

—Entonces menos mal que he traído café. Podemos negociar las condiciones de la rendición.

Me ofreció uno de los vasos, pero no dio ningún paso hacia mí.

—Solo, sin azúcar. Si no he acertado, el otro lleva leche.

—¿De dónde has sacado que quiero café?

—No estaba seguro. Por eso te lo pregunto.

Aquella pequeña diferencia entre ofrecer algo y darlo por supuesto no me pasó inadvertida. Cogí el café solo y se lo agradecí. No significaba que hubiéramos firmado la paz, pero al menos podíamos entrar sin iniciar otra escaramuza.

Kacper abrió la puerta y me dejó pasar primero. Dentro olía a madera, yeso fresco y algo especiado. Solo cuando vi la bolsa de papel comprendí que también había traído comida. La dejó sobre una mesa protegida con plástico, sacó dos pequeñas piezas de bollería y deslizó una hacia mí.

—No es un soborno —aclaró.

—Me alegro, porque los sobornos suelen ser más generosos.

—Entonces tendré que revisar el presupuesto.

No tuve tiempo de responder porque Julia Borowska entró en el local. Tenía cuarenta y tantos años, una energía desbordante y la costumbre de considerar cualquier retraso una ofensa personal. Su bistró era un sueño para el que había ahorrado durante años. Después de vender su participación en la empresa familiar, había decidido crear un lugar íntimo y elegante, pero sin rigideces. Me había contratado para diseñar el interior y a Kacper para crear la propuesta gastronómica y dirigir el restaurante. Formalmente, ambos respondíamos ante ella de manera independiente, algo que al principio me había parecido una solución sensata.

—¡Qué alegría veros juntos! —exclamó mientras se quitaba el abrigo—. Espero que ya os hayáis puesto de acuerdo.

Miré a Kacper.

—Estamos definiendo qué significa exactamente «ponerse de acuerdo».

Julia soltó una carcajada, pero enseguida se puso seria cuando extendí los planos. Le expliqué que desplazar la barra exigía volver a comprobar la anchura de los pasos, las instalaciones y la distribución de los asientos. Le presenté el coste de revertir los cambios y señalé los elementos que el contratista no debía tocar antes de aprobar una nueva distribución. No levanté la voz. En situaciones así, un tono tranquilo solía resultar más eficaz que el enfado, porque obligaba a los demás a tomarse en serio las cifras que tenían delante.

—¿Kacper? —Julia se dirigió a él—. ¿Por qué no me dijiste nada del pedido adicional?

—Porque quería comprobar primero si la solución funcionaba —respondió—. Creo que la distribución actual no aprovecha bien el espacio entre la cocina y la barra.

—Eso no responde a la pregunta —señalé.

Me miró y después asintió.

—Tienes razón. Debería haberlo comunicado antes.

Me sorprendió. Me había preparado para escuchar excusas, quizá incluso un intento de trasladar la responsabilidad al contratista. Sin embargo, Kacper reconoció su error sin montar ningún espectáculo. Aunque, un instante después, sacó un boceto propio, dibujado en papel cuadriculado, y lo colocó junto a mis planos.

—Pero sigo pensando que tenemos que modificar la zona de salida de los platos.

Julia se inclinó sobre la mesa.

—Enséñanoslo.

Kacper señaló el estrecho paso que comunicaba la zona de servicio con la sala. Explicó que el menú previsto se basaría en pequeñas tandas de platos preparados al momento. Quería que los clientes pudieran ver parte del trabajo de la cocina y que los camareros no tuvieran que abrirse paso entre las mesas llevando platos calientes. En su voz apareció una seguridad completamente distinta de la actitud provocadora del día anterior. Hablaba del ritmo de trabajo, de la seguridad y de la manera en que la comida llegaba hasta las personas. Y no necesitaba palabras grandilocuentes para hacerlo.

—Si dejamos todo exactamente como aparece en el plano, tendré un interior precioso —dijo—. Pero no podré dirigir la cocina de la forma para la que Julia me contrató.

—Y si desplazamos la barra según tu boceto, perderemos dos asientos y bloquearemos el acceso a las instalaciones —respondí—. Por no mencionar que, con la sala llena, los camareros tendrán menos espacio, no más.

—Tú solo ves centímetros.

—Y tú te comportas como si los centímetros dejaran de existir cuando tienes hambre.

Julia soltó una carcajada. Kacper me miró con una expresión de aprobación que no esperaba después de aquel comentario mordaz.

—Ese sí que ha sido un buen argumento —reconoció.

—¿Cuál?

—El del hambre. Los demás todavía los estoy valorando.

No aparté los ojos del plano. Si lo hubiera hecho, quizá habría respondido con una sonrisa, y no quería darle la satisfacción de otra victoria que nada tuviera que ver con el proyecto.

El contratista, el señor Andrzej, llegó unos minutos después con una cinta métrica y un listado de pedidos. Comprobamos juntos las dimensiones reales de la sala. Resultó que uno de los huecos tenía seis centímetros más de profundidad de lo que indicaba el levantamiento inicial. Aquello no resolvía todos los problemas, pero abría la posibilidad de ensanchar el paso sin desplazar toda la barra. Kacper propuso inmediatamente un mueble más estrecho y yo le mostré por qué, con esa solución, no habría suficiente espacio para guardar la cristalería.

—O sea, otra vez no —dijo.

—De momento, no.

—Ese «de momento» tuyo suena sospechosamente parecido a «nunca».

—Porque no me gusta prometer algo que todavía no he comprobado.

Me arrodillé junto a la esquina marcada con cinta adhesiva para medir con mayor precisión la distancia hasta la pared. Kacper me pasó el extremo de la cinta métrica antes de que pudiera pedírselo. Durante varios segundos trabajamos en silencio, concentrados en la misma cifra. Observé que era capaz de anticipar cuándo necesitaba ayuda sin quitarme la herramienta ni explicarme cómo debía hacer las cosas. Aquella atención práctica resultaba sorprendentemente agradable.

Solo cuando me levanté encontré una solución que hasta entonces no había considerado.

—Podemos girar noventa grados el puesto de salida de los platos —dije—. No toda la barra. Solo su parte interior. Si acortamos la repisa técnica, conseguiremos un recorrido más seguro desde la cocina y mantendremos el mismo número de asientos.

Kacper se agachó inmediatamente junto a las marcas.

—¿Y los clientes seguirán viendo la cocina?

—Desde una parte de la sala, sí. Desde el resto, no.

—Quiero que vean lo que hacemos.

—¿Por qué es tan importante para ti?

Se incorporó lentamente. Al principio parecía dispuesto a responder con una broma. Después miró hacia la zona de servicio.

—Porque durante los últimos años he trabajado en lugares donde todo tenía que parecer fácil. La gente recibía

un plato perfecto y no tenía ni idea del trabajo ni de las personas que había detrás. Aquí me gustaría que fuera diferente.

No esperaba aquella respuesta. Conocía restaurantes donde la cocina funcionaba como una fábrica invisible y el nombre del jefe de cocina importaba más que el equipo. Mientras escuchaba a Kacper, empecé a comprender que no se trataba únicamente de comodidad o ambición. Deseaba un lugar donde la manera de preparar una comida tuviera tanta importancia como su sabor.

—Podemos mostrar una parte del puesto que queda junto a la entrada —propuse—. Sin dejar toda la cocina a la vista. Permitiremos que se vea el trabajo, pero ocultaremos la zona de lavado y los espacios técnicos.

—¿Y la iluminación?

—La diseñaré para que la gente vea el movimiento, no cada irregularidad de la tabla de cortar.

Sonrió lentamente.

—Esa es exactamente la respuesta que estaba buscando.

—Podrías haber empezado preguntando.

—Empiezo a sospechar que me lo recordarás a menudo.

—Si resulta necesario.

Julia dio una palmada, como si acabáramos de firmar un tratado de paz.

—¡Maravilloso! ¿Entonces tenemos una solución?

—Tenemos una dirección en la que trabajar —corregí—. Para llegar a una solución necesito dos días para recalcular las medidas y consultar con el instalador. Solo entonces podremos aprobar los cambios.

Kacper cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Y si resulta que no se puede hacer?

—Entonces buscaremos otra solución.

—No aceptaré una distribución en la que la cocina quede subordinada únicamente al aspecto de la sala.

Lo dijo con tranquilidad, pero con firmeza. Ya no intentaba convertir la discusión en un juego. Por primera vez vi en él a un hombre dispuesto a marcar un límite de verdad, aunque aquello complicara todo el proyecto.

—Y yo no pondré mi firma en un diseño que no cumpla los requisitos funcionales y de seguridad —respondí—. Podemos tener prioridades distintas, Kacper, pero ambos somos responsables de las consecuencias.

—Entonces que ninguno de los dos sea un simple adorno para el otro.

Aquellas palabras me hicieron detenerme un instante. Eran exactamente lo que yo misma había intentado expresar, aunque desde otra perspectiva.

—De acuerdo —respondí.

Julia nos observaba con evidente alivio. Mientras hablaba con el contratista sobre el calendario de obras, yo recogí los documentos y anoté los acuerdos más importantes. Kacper se acercó a la mesa donde estaban las muestras de tela. Cogió un trozo de tapicería de lino y lo colocó contra la pared burdeos.

—¿De verdad vas a poner esto en todas las sillas?

—En algunas. Las demás tendrán asientos de madera.

—Me gusta. Parece un lugar donde uno podría quedarse más tiempo del previsto.

—Siempre que alguien no decida pintar también el resto de las paredes.

Se rio entre dientes, pero poco después dejó la muestra.

—Ayer me pasé —dijo—. No con la idea, sino con la manera de llevarla a cabo.

Lo observé con mayor atención. Una disculpa todavía no garantizaba ningún cambio, pero al menos advertí que no intentaba esconder otro chiste detrás de ella.

—Gracias por decirlo.

—No te acostumbres. Seguiremos discutiendo.

—Discutir no me molesta. Actuar por tu cuenta, sí.

—Entendido.

No sabía si realmente había comprendido la diferencia. Quería creer que sí, porque durante la última hora había visto suficiente para empezar a respetar sus capacidades. Sin embargo, seguía recordando los perfiles adicionales y aquel plano que nunca me había enseñado.

Cuando Julia se marchó, me quedé un rato más para fotografiar las medidas. Kacper estaba junto a la ventana, hablando por teléfono con un proveedor. No escuché toda la conversación, pero su tono era práctico, desprovisto de aquella ligereza provocadora que solía reservarme. En un momento dado se volvió, vio que seguía trabajando y, sin decir nada, movió una lámpara de obra para iluminar mejor la esquina.

Aquel pequeño gesto me pareció más personal que todos sus cumplidos anteriores.

—Gracias —dije cuando terminó la llamada.

—¿Por la luz?

—Por no intentar explicarme cómo debo medir.

Me observó divertido durante unos instantes.

—Tengo treinta y siete años, Mira. Ya he aprendido que no hace falta hacerlo todo uno mismo.

Pensé en la pared burdeos y los perfiles adicionales.

—¿Ah, sí?

—He dicho que lo he aprendido. No que siempre me acuerde.

Esta vez sonreí.

Su mirada permaneció sobre mi rostro un instante más de lo habitual. Sin embargo, no dio ningún paso hacia mí ni aprovechó el momento para lanzarme otra provocación. Aquella contención me sorprendió más que su anterior seguridad.

—Te enviaré mis observaciones sobre el boceto antes de esta noche —dije mientras cerraba el bolso.

—Y yo prepararé los requisitos exactos del puesto de salida de los platos.

—¿Sin encargar nada?

—Sin encargar nada.

Cuando me disponía a salir, me detuvo junto a la puerta.

—¿Mira?

Me volví.

—¿Qué?

—No quiero que este lugar se convierta en un campo de batalla.

—Yo tampoco.